

La Venganza

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

La Venganza (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Desde Europa he recibido estremecedoras noticias de Verónica Mosued, y una insinuación de su monstruosa felicidad, porque había que reconocer que las experiencias de esa mujer en algún momento no fueron las normales. Pero no hubo visos de alarma en sus sugestivas opiniones acerca de lo global, o particular, que le rodeaba; dijo que nada había sido hecho con prisa, y nunca sentiría el vano anhelo de morir ya que disfrutaba de las ventajas de la infinitud en la tierra. Para ella, la vida era un dominante regocijo de paz, y cualquier conflicto atañería a otro; despreciaba a las luchas que se tramaban bajo el sagrado manto en que se alinean las estrellas, e infería que a lo bello le fue indicado hacer porque había sido una escogida (es difícil precisar si esto tenía sentido poético, o si se trataba de una observación objetiva; no sé si me sería lícito hacer una investigación sobre sus sentimientos tan variados que parecían no tener límites). Sólo me pidió que tuviera indulgencia por sus éxitos, los cuales no tenían una complejidad prodigiosa ni una extensión inimaginable.

Le daba un indispensable sentido a la familia, dado su rol de madre y mujer conciliadora. Se encontraba muy a gusto con sus hijos Felipe y Silvia, con quienes disfrutaba inviernos y veranos llenos de reposo. Pero enseguida me apuntó que todo lo que habría oído de ella en la "city", era completamente falaz, y me recordó que siempre había protegido a los suyos como una sensata leona (la otra noche había asistido a una cena, en donde discutió varias cosas con el anfitrión, con muy alto vuelo intelectual, demostrándole en forma amistosa estas cuestiones que excedían a las trivialidades). En sus matemáticamente planeadas actividades, vencía a aquellos que tenían una comprensión del universo un tanto relativa. De acuerdo a lo que me dijo, su familia era un formidable modelo de unidad, y dentro del mundo de la política: la que podía mostrar que sus manos no estaban sucias; siempre había enarbolado los más altos ideales. También, en resumidas cuentas, Felipe y Silvia se enlazaban muy bien con el estudio; uno quería ser médico y la otra arquitecta. Su esposo estaba haciendo giras de trabajo, pero siempre volvía a casa para besarla regularmente; cumplía con la verdadera definición de lo que era un hombre, porque con Mosued nunca tuvo un enfrentamiento inespecífico, ni

un cambio de palabras de estúpidas connotaciones. Siempre daba entender lo que afirmaba, no se enojaba, y dirigía los dedos de su mano a su ombligo en señal de sosiego. Ella lo veía llegar con su instrumental médico, y le sonreía: su confianza hacía él nunca había tenido vaivenes; el sólo verlo le producía una sensación de descanso. Su esposo era un hombre intachable que enriquecía la definición de "hombre" que se encuentra en los diccionarios.

Ambos poseían una radiante salud, y residían en ese paradisiaco lugar de la costa francesa; su balcón era la experiencia más concreta que se podía tener de esa rivera maravillosa. Estaba muy feliz por la modalidad con que se ordenaba el mundo frente a sus ojos. Enseguida me hizo una moderada descripción de ese lugar, junto al curso habitual que ahí seguían los acontecimientos, aclarándome que no hacían tantas incursiones como antes en la bohemia, ya que estaban muy atareados... a no ser por alguna ocasional y enigmática excepción en que se predisponían a observar como sobre el mar se extendían los cielos crepusculares.

Verónica era una mujer que no toleraba perder, y se malquistaba con algunos para siempre porque procuraban hacer terribles mutilaciones a lo bueno, o conseguían que los desastres se alargaran en lo ubicuo. Reflexionar profundamente en cuestiones vengativas, le podía llevar minutos o décadas, ya que el odio, como el amor, era una fuerza invasora ineludible. En esos decisivos momentos demostraba como su encanto elemental se volvía destructivo; a menudo llenaba su víctima con alabanzas, y luego le clavaba un cuchillo por detrás. No se arrogaba el papel de una rencorosa heroína ni el de una diosa furiosa, pero le gustaba la insidiosa coyuntura de cerrarle al otro sobre sus narices, a su amarfilada puerta. Y llevaba al extremo esos grandes affaires belicosos junto a su marido José Mosued, quien la asentía con convicción o porque temía a su afilada lengua. Cualquier cosa que ella sopesaba con irritación, y se hiciera insistente parte de sus manías, era glorificado por el hombre que, con una seriada disposición, ponía en marcha los procedimientos para satisfacerla que a menudo evolucionaban de sutiles a estridentes. Y los elogios que ella le dedicaba cotidianamente, acrecentaban armónicamente a sus esfuerzos. La cuestión era ascender por los escalones de manera consistente para defenderla; así descubría lo valioso que él era, mientras se afianzaba el vínculo entre ambos.

José era un profesional de la medicina que tiempo atrás había dejado al país para cosechar cierto grado de reconocimiento en Alemania, y que después de volver con el supuesto viento de cola de una buena reputación, tronó con un cargo político en el gobierno de Emilio Ayuibal (hombre que esgrimía arcaicas astucias y vicios, y era todo sonrisas). Con este no sólo compartía ciertas bifurcaciones genealógicas, que se habían dado en la provincia de San Juan, sino que también tenía parentesco en sus pensamientos (ambos solían hacer divulgaciones frecuentes de lo que era más conveniente para el país, en el Club del Congresista al que

concurrían con el imaginable fervor que provenía de sus tiempos universitarios). El marido de Verónica agarró esa posición con las dos manos, sin que sus brazos temblaran, y engrosando al máximo a su débil voz. El reencontrarse en el país con su amigo Emilio Ayuibal, le dio una inyección de optimismo inenarrable.

José Mosued se acomodó en el ejecutivo de la República con un papel cuya relevancia era un misterio, pero que desempeñó con un gran entusiasmo, que en cierta forma lo hacía palpable o digno de reivindicar. Había descubierto que la gradación de honores que obtenía del cargo, no tenía límites, aunque su trabajo dentro de esa alta jerarquía del Estado consistía en suscribir lo que Ayuibal, o cualquiera de sus ministros más rastreros, le indicaban. A lo sumo añadía algunas indicaciones independientes, pero lo importante era mantener la homogeneidad del conjunto, el estándar de la administración, al margen de cualquier infatuación caótica. El hombre no inquietó a nadie (ni siquiera causó intranquilidad) al jurar como responsable de la Secretaría de Salud Pública, ya que eso se trataba de una cuestión tan inofensiva como el hecho de ser el sobrino del poderoso ministro Abdallah Ferreira, o de jugar al truco con el presidente Ayuibal, e introducirse a horario donde estaba el resto del gabinete para salir sonriente en las fotografías (así lograba que sus rasgos corpulentos, su nariz que dominaba a la mayor parte de su cara, y sus labios, reluctantes a soltar presagios escandalosos, que mantenía con mucha presión cerrados, se hicieran ver por los muchos mundos que estaban más allá del que fabricaba).

Ya la idea que había hecho considerables investigaciones en Alemania, le había dado un tinte honorífico a su desempeño: en efecto eso había sido una combinación de circunstancias no contradictorias; no fue un experimento cuyos resultados fueron imprevisibles, por el contrario, a ese armamento ya lo tuvo en mente desde el principio. La vida le sonreía, y su estable situación familiar le evitaba cualquier sindicación dentro de las desagradables potencialidades que esparcían los chimentos. Esa fue la función que con entereza llevó a cabo Verónica, quien por su naturaleza era una experta en relaciones humanas. Él sólo se vestía con sus mejores ropas, atravesaba las salas como un bendito, y se rizaba los pelos hacia la izquierda. El hombre mantenía un trato agradable con todos los empleados, y en sus inspirados discursos siempre se dirigía a Emilio Ayuibal, poniéndolo en el primer plano de cualquier escena (eso era algo útil que le permitía demostrar que no era un ermitaño, sino una persona de acción). Ayuibal le había dicho... este tomó la trascendental misión de... o, se enfrascó en la inmanente tarea de darle a la sociedad... y así sucesivamente. Así José Mosued ganó la reputación de ser un confiable funcionario, que siempre confluía con los otros en orden de hacer lo más patente posible a su lealtad. Él nunca hubiera bregado por interrumpir el enriquecimiento de sus colegas, y nunca cesó en su ecuanimidad de hacer que desde afuera las cosas parecieran normales; era un hombre que

irradiaba luz con sólo efectuar algunas sabias aclamaciones.

No hay que hacer vanas interpretaciones ni resolver enigmas oscuros: Verónica era una mujer que jamás se dispersó en menudencias, sino que mantuvo una acérrima disciplina social. Ya que, a pesar de tener un carácter que era similar a un volcán en erupción, sabía cómo comportarse durante las venturosas veladas en la Residencia Presidencial.

Amaba a la refinada proximidad con los otros miembros del gabinete, y el estar indiscutiblemente al frente de varias veladas de gala.

Indirectamente gozaba del poder de su marido, de quién decía que era un hombre básico, espiritual, que nunca mancilló con pueriles mezquindades a su comportamiento. Lo veía como un Gandhi con mucho más volumen y grasa corporal: un hombre pacífico que podía permanecer inmóvil por horas debajo de la sombra de un árbol. También aseguraba que tenía un proverbial sentido común, y su único vicio era jugar póker en los baños turcos a los que asistía con los demás asociados al gobierno, y cuya atmósfera se llenaba con los gestionados vapores aunados al humo de los cigarros (las deidades protectoras del universo se concentraban en ese lugar, en el que con un feroz anhelo se quemaban las yemas de los dedos al empujar al paño a las fichas). José se mostraba completamente desnudo, y pegaba gritos de alegría de acuerdo a sus virulentos antojos. Para Verónica, él era uno de los pocos hombres que mantenía la elemental caballerosidad de otros tiempos, y una gran racionalidad ética que dejaba a sus oponentes desarmados, y sin poder lanzar un contrargumento en nada; no tenía un minuto proverbial de distracción, aunque a veces se mantenía alejado porque no podía reprimir sus carcajadas: tal era su buen humor, y la acentuada afabilidad de su trato.

Pero tenía un gran enemigo en quién jamás disminuyó su odio, y era el esposo de Florencia, su segunda hermana: Baltazar del Toro, un tipo con el rostro de un tapir que aún hoy la perseguía en sueños. Maleducado, sobrador, sujeto que enseguida se exiliaba al mundo de las quimeras, y cuyas ruedas en los engranajes de su mente, giraban sin pausas. El hombre se dedicaba por completo a probar que sus metas no eran erróneas, y más que sumergirse en una espesa imaginación, a todo lo tenía muy en claro. El trabajado resentimiento de Verónica nunca se evanesció, por el contrario, se hizo particularmente inquebrantable, aunque lo guardaba dentro de la modalidad del disimulo. Si bien sus afirmaciones consentían con su genialidad elemental, algunas, que no eran muy obvias, estaban genuinamente destinadas a denostarlo.

No me resultó difícil obtener los datos esenciales que explicaron la causa de esa persistente enemistad: después de un recatado principio, Verónica lo criticó, y dejando de lado a su hastiada elegancia lo calificó de mierda. En mí carácter de confidente de Verónica Mosued he hecho este breve esbozo:

Desde que se conocieron, las riñas entre los dos pasaron de airadas a voraces, y hasta contuvieron amenazas de muerte (de acuerdo a la tradicional fórmula con que la copa del odio se va llenando en su totalidad). No se comprometían con amables artificios, y deseaban que el otro fuera pisoteado en el pavimento de la calle, por cualquier vehículo que se desbordara de la bocacalle durante un simple día soleado. En una ocasión Del Toro balanceó su brazo con estrecha holgura, amagando dirigir su puño a los dientes de Verónica, quién permaneció inmóvil, sosteniendo a las mismas pendulares palabras pendencieras con la comisión de que el idiota concretase esa acción, y así hacerle pagar lo que le correspondiese. Era su solución intuitiva que Del Toro perdiera la chaveta; así se hubiera acabado su peor problema: la persistencia de ese individuo en la familia, o que, con un poco de suerte, se le cruzara la idea de conseguir un trabajo de provecho.

El abordaje que se hacían era agresivo, se oponían incesantemente, y cómo si se tratara de una ingenua broma ella recomendaba a su hermana que dejara a ese hombre repulsivo, o bien que se atreviera a hacer una valiente exploración de sus cualidades personales, que se corriera de su autoengaño para notar a sus características horrendas. Florencia Alzaga Miñón la oía con una estrangulada sonrisa, y una ausente mirada que confirmaba el grado de sumisión que tenía hacía Baltazar... a quién nunca dejaría de adorar ciegamente. Y no aceptaba la sugerencia de su hermana de hacer terapia, lo que según esta sería crucial para propiciar a un mínimo cambio. No podía vivir sin él, y Verónica tenía que aceptar eso, como si fuera la música de un vecino puesta a todo volumen. El amor era una experiencia grave, mucho más fuerte que cualquier estado mental.

Aún antes que Del Toro se integrara a la familia, Verónica le había hecho estancados arrinconamientos físicos y grandes acechos verbales. Lo exponía a ejercicios morbosos, que demostrarían cuál era su verdadera interacción con el mundo. Quería obligarlo a declarar que se quería casar con Florencia por interés, y hacia el circular comentario que era un pobretón: ¡era una desmadrada maravilla que se intercalara con ellos!

Eran muy jóvenes, y no dudaban en odiarse con una pasión que coloreaban con ironías. Sus grandes victorias consistían en causar una violenta extrañeza en el otro, eso los hacía sentirse ligeramente omnipotentes. Pero controlaban sus lenguajes en presencia de Alzaga Miñón, quien volvía de sus inspecciones por la chacra, y se sentaba en el medio del salón que estaba lejos del mundo dramático y temporal que a los demás les había tocado en suerte. De todas formas, los dos, con alguna que otra animalada afable se devolvían algunos golpes, retomando sus agresiones en forma más estilizada, sin pedirse ni otorgarse gracia alguna. Recién cuando Alzaga se retiraba a su cuarto, las moderadas conductas se desplomaban como un castillo de naipes, y las metáforas volvían a ser insultos pelados. Se llamaban bebedores, vagos, y que nunca habría entre ellos una paz utópica. A menudo Verónica lo calificaba de fracasado, y Baltazar le advertía que uno de esos días se iba

realmente a enojar, y le daría un cros de izquierda con la portentosa idea de destrozarle la mandíbula (aunque ante Florencia inmediatamente se desdijo de aquello, al explicarle que había hecho un chiste, y cómo hombre jamás se permitiría causar ese tipo de desenlace).

Ella me contó muchas reflexiones íntimas, en las que intercaló su aquietada voz con estallidos de deliberadas furias, y me juró que sólo había hecho bromas exploratorias, mientras intentaba aprender a convivir con el demente. Le fue forzoso confesarme que sus virtudes no tenían equivalencias con la tolerancia. Luego el tono oscuro de su monólogo se acentuó al identificar a varios rasgos patológicos en Del Toro. Siempre socavó su posición diciendo que no era normal, y que los principios morales de su padre eran abstractos e indefinidos. Desde luego que sus peleas tuvieron como fuente a la ayuda económica que don Pedro Alzaga Miñón, solía dar al "bueno para nada" de ese yerno: montos considerables que se ampliaban con el paso del tiempo, y que se disipaban sin que se hubiera una sobriedad en la conciencia que los atemperara. El pobre hombre sentía como si le pusieran pesos en su carne, cuando oía a las palabras angustiadas de Del Toro, y le daba el solicitado dinero con la particularidad alegre que nunca abandonó. Baltazar no conocía pausas ni calmas al hacer sus pedidos, y expoliaba al viejo con técnicas similares a la de los encantadores de serpientes, pidiéndole comprensión ya que la proliferación de gastos lo estaba matando. Don Pedro caía en sus habilidosos ardidés que se repetían en cada uno de sus interminables espejismos. Arteramente lo hacía el partícipe principal de su narración, antes de jurarle que le devolvería hasta el último centavo; era cuestión de desconocer a los altibajos de la razonabilidad para no sufrir vejación alguna.

Pero la ecuánime misión de Don Pedro era no permitir que la situación económica de su segunda hija, quedara rezagada con respecto a la de la primera. Las dos debían estar en el mismo marco socio-cultural sin que se alargaran las desuniones, y así sentarse con él alrededor de la misma mesa para que lo acompañen hasta el final de su trayecto. Pedro Alzaga era muy sensible con esa voluntaria obligación, ya que sentía que como padre debía responder con mucha nobleza, más allá que subyacentemente estuviera cometiendo alguna injusticia. Sus palabras no organizarían ni influenciarían a sus hijas, pero sus prosperidades habían sido suscitadas por su intervención.

El hombre a duras penas conseguía recuperar un décimo de lo que solía prestarle a Baltazar Del Toro, con la vaga noción de que este al fin montaría algún negocio lucrativo. Esperaba que, en un cercano futuro, su yerno se ordenaría al ir adquiriendo experiencia, y con sus mayores conocimientos haría transacciones comerciales más firmes. Ese era un mecanismo de su pensamiento regido por un orden matemático que nunca catalogó como un fantasioso criterio, pero esa potencial y gloriosa etapa de Del Toro, siempre quedaba deshecha por las profanas

comprobaciones que a menudo hacía Verónica, que para nada creía, que su cuñado alguna vez saldaría sus deudas. Su experiencia dictaminaba que cuanto más este debía, más despiadado se volvería el grado de su endeudamiento. La forma en que ese desgraciado se contactaba con sus semejantes era a través de la estafa, y ella decía eso con un tono de voz suavizado por el sentido común, y desde la perspectiva de una neutral observadora. El hecho que ese tipo fuera capaz de dejar a su padre en la calle, era un esquema probable que hacía que le palpitaran las manos.

Del Toro siempre tenía más de nueve explicaciones para dar acerca de sus fracasos; lo hacía como si no hubiera enigmas ni una mal advertida singularidad; sólo se preguntaba por qué el universo se empeñaba en incluirlo en ecuaciones desastrosas... (tal vez nunca encontraría a una explicación completa). Muchas veces se había ensimismado en ser honesto, y por eso no pudo hacerse rico. Le resultaba claro que la deshonestidad rendiría más que sus prácticas ascéticas, que jamás lo liberaron de lo que se había obligado a pagar. Aquello se había constituido en un perenne agujero negro en el bolsillo de don Pedro, pero igual le prestaba con gusto y esperanza; la plata no ocupaba un lugar privilegiado en su escala de valores, y solo la estimaba si le facilitaba el objetivo de ayudar a los suyos. Mientras viviera, a ninguna de sus hijas le iría a faltar algo; les daría sus riñones si fuera necesario... con la magia o virtud del dinero, les haría la vida más fácil. Había que hacer auspiciosos cálculos, y el futuro se encaminaría en forma previsible, a esto lo decía desde su intuición de viejo, que era un poquito más racional que el pensamiento. Don Pedro planeaba a las vidas de sus hijas de acuerdo al homogéneo horizonte que veía cerca.

Al lector le parecerá un tanto inverosímil que, sosteniendo tan áridas peleas, esa extendida familia mantuviera su cohesión. Es decir, cualquier sensata consideración establecería que para aquellos que no se soportan, lo mejor sería dejar de verse. Sin embargo y paradójicamente, esos violentos concursos de rabias intensificaban a sus vínculos. Había una suerte de grandeza en esas bravas y descuidadas luchas por influir en don Pedro, o en el desarrollo y explicitación de planes con que justificaban a sus recientemente adquiridos lugares en el mundo. Ciertamente que sus destinos y juventudes hubieran seguido caminos diferenciados, si las hermanas no hubieran contado con la ayuda de un adinerado padre. Sería otra la articulación de los sucesos, y ya no se aferrarían a esa rivalidad. Él era el centro de una fábula de amor-odio que era universal, y a la vez se concretaba en su familia. Y la codicia por sus favores les daba un trastornado sentido a sus tempranas existencias. Las hermanas competían con habilidad para ganar la atención de su padre, haciendo continuas sus voces para que éste no cesara de escucharlas. Como siempre ocurrió, la plata tuvo la propiedad de disimular a lo indecible, y hacer que los teatrales roces fueran la certeza de que se conseguiría algo más.

Pedro Alzaga Miñón mantuvo firme su resolución de distribuir el dinero que sacaba de las rentas de sus campos, entre sus hijas (y consecuentes maridos) con el estupor de mantener intactos a sus aristocráticos sueños. Él siempre estaría cerca para cuidarlas, y escuchar la musicalidad de sus voces que no por ser adulonas dejaban de ser sinceras. Durante las reuniones familiares, él se sentaba en el sillón central del living, y escuchaba los trágicos sueños de Del Toro que de continuo hilvanaba nuevos relatos. Había una gran conexión entre sus intuiciones y las obras prodigiosas a las que se abocaría. Estas eran huellas, extensiones, límites y derroteros que nunca habían sido recorridos, pero que se transitarían de acuerdo a la irreprochable bondad de Don Alzaga, quien como buen padre proveería a la prosperidad de la hija menos aventajada.

La tercera hija se llamaba Isabel, era por entonces muy jovencita, no tenía propensión a armar escándalos, y se distraía con los temas obvios e inocentes de su edad; en el medio de las peleas de sus hermanas, se alejaba gritando chistosamente: "¡sálvese quien pueda!", sin pretender hacer un esclarecimiento de lo que ocurría, y ni siquiera una mínima interpretación. Durante esa instancia de su vida se había situado por encima de los problemas económicos.

II

Al tiempo que José Mosued accedió a su cargo ministerial, Verónica sonrió en forma satisfecha: a sus buenos ánimos le sumó justicieras ponderaciones. Ese era un capítulo muy anhelado en su vida, en el que expondría su cultura, sus aptitudes y modales, y revaloraría a su prosapia de terratenientes venidos a menos. Con su exhaustivo carácter optimista tuvo la disposición a gozar de lo que el mundo tenía para ofrecerle, desde nuevas escenografías llenas de esplendor. Había interpretado que la totalidad de su existencia había sido una constante evolución hacía esa hora en la que adquiriría el estatus anhelado, a la vez que se hacía una importante disyunción con quién había sido. Debía romper con el pasado, o más precisamente enfrentarse con las mentiras que éste contuvo, y lo haría fríamente, sin mostrar asombro, ni alterar a sus buenas cualidades; ya no se sentía más distorsionada o destituida por aquel mamarracho a quien ponía en el fatídico centro de sus recuerdos. ¡Al fin superarían las humillaciones anteriores, que tanto la habían enfurecido!

Durante la ceremonia de jura de su marido, los glamorosos aires de Verónica no habían cesado de llamar la atención; esa era su apertura al mundo, su ingreso a las burocracias ministeriales en donde sería apreciada y querida. Se había hecho la ama de su destino, y a los símbolos de esa nueva dignidad los anudaba fuerte en sus sonrisas. Aquello que veía en ese instante era su consagración definitiva, y a partir de ahí su función consistiría en que todo siguiera de la misma manera. Penetraba intencionalmente por ese estrecho mundo con el éxtasis de los que ostentan más alto rango. Más tarde se dio el tiempo para repasar a

plena luz, aquellos conflictos que habían sido disimulados, y la explosiva relación entre su memoria y su imaginación tuvo un vertiginoso inicio.

Dentro de esos engrandecidos panoramas, bregó por encontrar una solución a los abusos que le había hecho su cuñado, el malparido Baltazar Del Toro; las cosas ya no eran las mismas porque este había llegado al final de su laborioso laberinto. De a momentos la mujer expresaba un sofocante rencor, pero fueron muy pocos los que la escucharon pronunciar al odioso nombre de ese individuo, tal vez lo hizo alguno entre sus comensales, cuando la alegría se borró del rostro de ella, y una ronca animación la reemplazó. Verónica esperaba con paciencia revolver las aguas, y tirar unas cuantas piedras al avispero. Sería al fin soltar el aire de los pulmones, el preguntar si alguno había pasado por una situación de esa índole. Verónica sabía que en retribución a los notables servicios que prestaba su esposo en el gabinete nacional, no recibiría objeciones a sus deseos, y consecuentemente la soñada ética podría ser empujada a fondo. Era tiempo de dejar las infatigables decepciones de lado, y mostrarse franca. Nuevamente respiró con un ligero alivio, y tomó algo de champagne sin temer a atrasarse con las sensaciones soporíferas que esa bebida le provocaba; por el momento sólo sociabilizaba con personas inteligentes, consciente que se había colocado en un ámbito que estaba en un plano superior al de aquel pariente político de poca monta. Pronto convocaría a varios personajes y les diría la verdad formal. Verónica se sentía inspirada por eso y reía más a menudo; también balbuceó ofensivos epítetos para quien se hallaba lejos de sus recién adquiridas posibilidades, mientras se preguntaba cuál era el estricto método que iría a utilizar... si bastaba con que dejase caer involuntariamente lo que sabía.

José recibía un enorme sueldo y secretas bonificaciones, y ella sólo debía posar en su residencia tomándole la mano, con una expresión de consensuada serenidad, para que los fotógrafos la eternizaran frente a los simples como la esposa feliz que era. Luego caminaba con seductor acierto hasta introducirse en los espaciosos salones donde las esposas de los ministros se congregaban; no tenía escrúpulos en mostrar solapadamente a algunas suaves partes de su cuerpo que encarnaban a la elegancia; en su rostro mantenía una amplia sonrisa mientras por su mente rondaban los viejos acertijos que incluían sus orígenes, su empresa genealógica, y el engaño en el que su padre siempre había sido inducido. En esta época no se abalanzaría sobre Del Toro para ladrarle su furia.

Al reconocerse como una mujer poderosa, alegres melodías se desataron en su corazón. Verónica pasaba bastante tiempo atendiendo las solicitudes que le hacían antiguas amistades; tal vez algunas usaban las invariables mañas de la adulación, pero ella prefería no discernirlas, sólo se entregaba con un entusiasmo inigualable a algún chisme de ocasión, y a pronunciar brillantes sarcasmos. Estaba en el centro de la escena, y eso le permitía distraerse de la maldición que le había echado a su cuñado. Por

cierto, que en muchas ocasiones, y a través de sus palabras, a sus amigas les solucionaba sus problemas, pero se negaba a reconocerlo, o imputaba esos resultados a una fulminante magia o brujería. No se aprobaba a sí misma como una sabia: a lo sumo entendía como establecer un perfecto orden.

Al tiempo habló con desbordante sorna de su cuñado Del Toro, y como éste había gastado fortunas que fueron de su padre, llevando a cabo una sucesión de falsedades que se hizo más severa con el paso del tiempo. Lamentaba que ya no lo podía tocar en lo concerniente a su pasado, pero tenía presente que se podía modificar a su futuro. De pronto sus obsesiones se volvieron circulares, y le hacían presentar sentidas palabras funestas frente a los importantes dignatarios que la visitaban. No se inmutaba en apariencia, pero su voz se llenaba con chillidos. Ese Del Toro era la degradación absoluta del ser humano, un corrupto que había hundido a su padre en el más profundo fango, y por ser leído atentamente por sus amigos se convertía en un común horizonte problemático. Durante varias fechas en que las noches siguieron siendo cálidas, sus sollozos solían humedecer ligeramente a sus mejillas. Su aflicción no estaba motivada por dinero perdido, sino por fracaso de no haber protegido bien a su padre. En forma sorprendida, o con aturdimiento, los ministros le habían manifestado sus plenas reprobaciones por aquello tan doloroso que le había pasado. Luego sus discusiones se centraron en sus asuntos y en inciertas transacciones mercantiles que les correspondería realizar.

Habían brotado de sus labios grandes clamores, junto a recuerdos de como ese hombre los sumergió en los abismos de la vergüenza; no pudo mantener más el secreto de las terribles idas y venidas que había hecho ese desgraciado, por lo que con arrobamiento filial lanzó su grito al cielo y al mundo, lamentando al desparpajo de los engañadores. En su Diario íntimo había escrito una carta larguísima (me la leyó), en la que hizo hincapié en el amor que sentía hacia su padre, y que aquello que haría, tendría su punto de origen en las graves enfermedades que éste había padecido por la culpa de Del Toro... a eso lo consagraba como su derecho fundamental, ahora que conseguiría compatibles garantías a través de las instituciones de la República. Eso fue la pauta que quitó los paréntesis que había puesto sobre aquella vieja hostilidad que nunca había tenido restricciones morales.

Finalmente, José Moseud no tuvo más chance que alzar a su endeble voz para pedir justicia, y se dirigió a su tío Abdallah Pereira, y éste habló directamente al jefe de Policía, Ezequiel Macaroni, quién juró por tierras y océanos que aquello no quedaría así. Dentro de ese contexto específico había llegado el auxilio: esa era hora en que un hombre desconsiderado y siniestro pagaría por el mal que causó, aunque para eso habría que subsidiar un poquito a la justicia. Brindándole un amplio respaldo a Moseud, Macaroni tomó nota de la información disponible, y declaró que nunca habrá amnesias colectivas para quienes efectuaron graves daños, y

que era ciego el sujeto que se aprovechaba de la debilidad de los otros, sin suponer que en algún momento él mismo se volvería débil y habría de sucumbir. ¡Ningún hombre podía llamarse de esa forma, si había estafado a un viejo, y utilizado violencias y términos soeces con las mujeres! Baltazar Del Toro ya se había convertido en un fugitivo, aunque todavía no se había designado al juez que trabaría a sus movimientos con un pedido de captura. Macaroni se ocupó del caso con intensidad, y no como si fuera la supresión de un daño en la imaginación, o algo baladí o pasajero.

A sus subalternos, Macaroni les señaló a Baltazar Del Toro como símbolo de lo malo y escabroso, que ya había sido detectado y juzgado, y sólo restaba que se hiciera una redentora redada para que nunca más los valores tradicionales fueran subastados por ese tramposo, que por un largo tiempo disfrutó de una incomprensible suerte. Disertó como si esos sucesos hubieran ocurrido en el día de ayer, o como quien contemplaba un incendio cuyas llamas no desistían de destruir lo que encontraban a su paso. Cómo siempre, el juicio de Dios caería con fuerza para acabar con los hombres cuyas fantasías malignas se habían desbocado.

A la noche siguiente una patrulla policial encontró droga en el baúl del auto de Baltazar Del Toro: a múltiples cantidades dentro de un espacio muy exiguo. A partir de ahí sería bastante difícil desmoronar la teoría que en Del Toro se hallaba el perturbador origen del tráfico de droga.

“Seguramente la llevaba a través de la ciudad para distribuirla con urgencia”, dijo Ezequiel Macaroni, quien propició a un fulminante acercamiento de la Justicia Federal hacia donde se desplazaba ese individuo. Desgraciadamente en Tribunales había una fauna que se destacaba por su permisividad, y sí Baltazar del Toro lograba defenderse eficazmente, podría llegar a salir libre... pero eso lo lograría después del enorme trajín de clamar inocencia en las reticentes Salas de varios Juzgados. Abundantes papeleos, descargos, e inconsistencias, lo llevarían a habitar un área que estaba más allá del bien y el mal: el limbo jurídico.

Así por primera vez y gracias a la actuación de su esposo, José Moseud, Verónica supo que su difunto padre, Pedro Alzaga Muñón, al fin había sido vengado: su categórica compulsión a cumplir con el deber hizo que eso al fin sucediera.

Fin (6-2-2018)